Poema de Sangre

Te digo que fácil no es esto de escribir,
no es fácil escribir en estos versos de zaguán
el vaso con vino de tu calor sobre mi
sentir cuando hay un océano espeso de
sangre que el motor de mi alma vierte en
nombre de ti, que existe en esta atolondrada
pesadumbresca cabeza con la mano
temblorosa y yemas de cuyo sudor por
incontenibles nervios resbalan el cincel
con el que erigiré esta loa, este monolito
proveniente de la vida misma de mi
corpóreo ser, más no del noúmeno real ser.

Es bajo una noche sin estrellas, sin
celajes, sin crepúsculo en sol poniente,
sin nadie quien atestigue sinodalmente
mi escribir, el bullicio de tardes concurridas
el atareado y pesado vivir de rutinas
sin fin, el repetir de mil días sin poder
ver más allá del pequeño mundo al
cual habita mi cuerpo en el ahora “estoy”.

El respiro de narinas e inflante dorso
con tenue bombilla blanca que ilumina con
su destello el pequeño cuarto en el que
estoy sin mucha pompa ni demás ornamentos,
solo paredes blancas rajadas y un vaso
que a gotas vierte en forma de palabras,
un entramado de ideas y pasiones el
cual siente mi cuerpo en el ahora “estoy”.

Tanto lo que ahora esculpo como
mis sentidos con ellos solitaria ahora me
encuentro bajo un plano de horizontes
infinitos envueltos en sombras y frígidas
brisas que dan roce a mi piel y traen
consigo susurros de tierras lejanas, lugares
distantes, sitios exóticos habitadas por quienes
a los que no conocí, y mientras que al son
de lazos cristalinos blancos rodean mi
cuerpo mientras atónita a lo que veo,
ellos me cuentan un familiar relato de
antaño, uno el que me deja cansada
contemplando solo el nigérrimo abismo.

Quiero decirte lo que en persona no sería
capaz de hacer, pues la boca se queda corta
y hago un cabizbajo de mi rostro por no
sentirme digna de parada estar en frente tuyo,
quiero confesar lo que en páginas solamente me
veo capaz de hacer... ya que dentro de este
marco confinado de repeticiones amorfas
sin sentido, imperando monocromática vista
y fingiendo novedad con sus sombras y
su iluminado panel y explosiones licuadas
de pintado, solo un sabor metálico de oxido
alcoholizado en marchito paladar ello dejaba.

Entonces, fue que note el rojo en aquel ver
y mi dorso comenzó a revolverse en si,
pues diferente a todo lo que había ello fue
y mis ojos vieron con anhelo el flamante destello
escarlata de anormal provenir; intrigada estaba
por lo que veía mientras este se diluía por el
través de megalitos geométricos de por ahí,
por las paredes, y los suelos, y los muros,
mis piernas férreas fundiéndose por lo mismo,
fueron el áspero aire se torno en laxo céfiro,
el rechinar de las ventiscas sonaban al son de la
melodía de un piano distante, y todo ello fue que al
origen de este nuevo y extraño sentir provoco en mi,
encapsulada en esta oda dedicada a ti y por ti.

Me retuerzo por dentro y mis gritos son silenciosos,
una guerra me veo incapaz de continuar y
una paz añorada se me es difícil de firmar,
me derrite tu dorado relucir, platino emitente de tu
bondad inherente por lo diáfano del cual hecho es tu ser...
me aprieta el corazón el solo pensar en ti, y tanto
el frio se disipa en antipático es el mismo
al calor sostenido por volcanes de tu querer.

Traicionero es el vacío que deja el enmudecido
trovador en mi, aquel quien cantigas de pasión
por ti quiere recitar, pero cuyo trepante miedo
de ser insuficiente carcome sus fibras y la pútrida carne
dejada lo envuelve y enjaula en celda entrañal
de y para si mismo, torciendo cada extremidad
suya mientras arranca su piel y se revuelve
a si mismo como a poeta desdichado por
incapaz de sus liras poder al papel traer.

Mi cuerpo se encoloida en mezcla incognoscible
mientras mi mundo inodoro de blanco y negro
pasa a ser uno de color y fragancia por obra de
tu pincel llenando de cromos al claro mármol de
alabastro esculpido por mi cincel, la sensación
que retumba en lo profundo de mi viente cada vez
que estoy contigo, cada vez que te observo es todo un
sentimiento que describiré tal cual lo siento ahora mismo:

Un golpe invisible recibo que me derriba al suelo,
en el abdomen o en el estomago, el hígado o el ombligo,
y mis ojos se tornan blancos, mi dorso se pone a dar
gruñidos y fruncir las pieles que lo componen; cada brazo,
cada pierna, cada parte a dar vueltas desenfrenadas comienza,
mientras una sonrisa abierta se me dibuja en el rostro
llenando de rojizo rubor mis cachetes y mis mejillas
como el pecho del cual late mi deseoso corazón.

En dichoso estado es en el cual estoy
mientras rasgo toda prenda la cual llevo yo,
a fin de vanamente contener el placer
y el éxtasis florecido del mero acto de verte,
tanto que ni luengos guantes, ni faldas negras,
ni medias largas del raspar viviente de las uñas,
capaces son ellos de envolver y esconder,
mientras emergen en la andorga, primero difusiones
de manchas verdosas, y luego a modo de
rubor violáceo de la putrefacción tal cual la vi,
mientras gotas del mismo cromo penetran
entre celdas de piel raspada, inflada e hinchada.

De repente las entrañas relucen y
salen disparadas al observar de un
afuera indiferente, y se diluyen del
cuerpo y la dermis como anélidos gusanos,
a la par que la barriga se abre al modo de
hendidura cortada con delicadeza y de ella
la sangre derramada fluyendo por mis caderas,
prosiguiéndose el corte hasta las costillas y
los pulmones zafiros entre sustancias grasosas y
arterias al descubierto; un charco escarlata
se diluye por el negro espacio estrechado
al horizonte, solo estando yo, aquellos
y dichosa sensación especiosa carnal.

Con manos manchadas de varias tonalidades
rojizas y amarillentas es que las levanto en
aun ellas temblando temblorosamente y sin dar
advertencia las hundo en lo profundo de los expuestos
pechos, senos con los que amamantar a quien
añore de antaño desee al descalostrado insipiente,
mientras escrutinio entre las carnes y los nervios
busco y rebusco entre pulmones inflantes,
bronquio aspirante y las sebaceas superficies
resbalantes, es que encuentro el mediastino
y arranco de el a lo cual presa excitada
o tal vez extasiada me tiene de lo que tu ser
me hace sentir por ti: el violáceo corazón.

Un corazón levantado en lo alto al
pasar de vientos sostenido por tenue
mano cuyo brotar elixir salpica mi mejillas
y la sien empapada deja en gotas punzantes
y la víscera matutina latiendo sigue al son de las notas
emitidas por el tocar de un piano en la distancia,
pues tan ardiente es el océano de tintes
contenido en vertientes a tu nombre que
ni en intemperie sera que dejara de palpitar y
ni terminar en el fallecer por aquel quien razón
de querer, razón de vida fue aquel quien me dió.

Solo remanece el silencio del infinito horizonte,
brisas que a susurros este relato se llevan,
contenidas en ellas la memoria de recuerdos olvidados,
contenidas en ellas pocas noches de no mucho pensar,
el bullicio del ayer en el hoy fue que se diluyo,
solo dejando un frío que alguna vez me endureció.

La montaña de mi ser inamovible ser es que ello es
testigo de tantas de contiendas traiciones y victorias,
pero jamás fue que partirse se dejo,
ni ser subyugado por fuerzas cuya dicha intención
anhelaron imperar... ni fueron los favonios, ni por sismos,
ni por tormentas, ni deslizamientos, ni estruendos, ni por
de todos ellos en una sola cacofonía al final perecieron...
pero no fue sino un delicado rio por el cual
fluyeron gotas traslucidas como cristales, y relucir
fluyeron entre las rocas y las piedras, pero
a cuyo canto lentamente cedían, y en el
fluyeron acariciados en mantas de exhielo, y en el
fluyeron revelando fecundos feldespatos andares, y
lentamente dio paso, primero a un cañón y
luego a un valle lleno de vida y vegetación:

árboles, flores, animales y plantas, distante al
lucero en aledaño horizonte asciende de cuyos
destellos ilumina las diáfanas aguas de cristal,
mientras relucen a la originada escultura.

Aún recuerdo el olvidado momento del ayer,
uno claro entre su borroso ofuscado ver,
uno tan pivotal por cuan mundano ello fue,
cuando te conocí uno mas en montones resultaste para mi,
sin fijarme mucho en tu existir fue que yo viví,
pese a ser uno de los quienes indilucibles en unitario
a cuyo regalo en travertino tanto fue que dedique,
pero rara vez fue que pensé en el estado de los
quienes sueños en mármol alguna vez erigí.

Vaya es la etérea extrañeza con la cual
rememoro el antaño en hogaño lugar,
vaya fueron las veces en las que mi piel
virgen era y la manzana recién mordida
blanca y clara aun ella se mostraba,
el sol en lo alto emana de calor mi regazo,
abrazando dados por él, sueños de miel,
contigo estoy ahora, contigo dentro mi vientre
al expuesto, y profeso en versos un poco
más fáciles de escribir una promesa a
quien la alegranza a mi alma devolvió.

Cuando las sombras cubrían con tinieblas la ventisca,
fuiste tú el rayo que brillaba y relucía la cornea de mis ojos.
Cuando en olas por marea de humanidad era arrastrada,
fuiste tú el islote al cual encalle y en sus lechos descanse.
Cuando entre marchitos llanos de tierra y barro vagaba,
fuiste tú la violácea flor de inyectante rojizo contraste olor.
Cuando en mareas altas me ahogaba y la iris ya apagaba,
los lazos blancos me envolvían y traían el agasajo tuyo.
Cuando sedienta estaba y el calor gris la cara sofocaba,
los frutos y la sombra de hojas vuestras me amparaban.
Cuando humos y ásperos hedores emergían en desolado campo,
los ardientes tiernos toques de redondos pétalos eximieron.

¿Quién eres tú? Un ángel devenido del cielo diría yo.
¿Quién eres en sí? Un ser tan complejo como yo.
¿Quién eres tú? El que con tu estar mis días ilumina.
¿Quién soy yo para tí? Ojala lo mismo como lo eres para mi.
¿Quién eres tú? Un destello entre tinieblas diría yo.
¿Quién eres en sí? Un viajero de la vida como yo.
¿Quién eres tú? El que con tu voz mi alma se deleita.
¿Quién soy yo para tí? Ojala un hogar como lo eres para mi.

¿Quién eres tú? Razón para vivir eres tú.
¿Quién eres tú? Poesía eres tú.

Cada vez que llores, tus lágrimas sollozantes secaré,
un abrazo te daré, mientras caricias pronunciaré.
Cada vez que triunfes, por ti seré que celebraré,
uno solo somos los dos, tu orgullo por cual también jubilaré.
Cada vez que dolor sientas, dolor también sentiré,
uno solo somos los dos, tu pena por cual también estaré.
Pues seré feliz solo si también eres feliz
y que los dos nos apoyemos como cual madre tierra
provee de nutrir y arraigar a la planta insipiente,
devolviendo frutos de vida y vegetación,
y que los dos estemos tanto el uno para el otro
el hombro un paraje para tú y yo de reposo.

Entregar toda mi felicidad por ti mi pasión anhela.
Entregar toda tu felicidad por mi tal vez deseas,
pero si los dos nos aceptamos tal por cual somos,
ambos devotos trabajamos unidos por las manos,
y nos complementamos en vez de martirizarnos
hallaremos en el camino la inesperada felicidad
un estado el que solo juntos alcanzaremos tú y yo
y nos elevaremos al Elisio eternamente los dos.

¿Qué más da? Todo mi sentir a una frase se reduce,
una sentencia a veces dicha sin la seriedad que se merece,
pero que estos escritos dados en tinta sirvan de evidencia
de lo entrañado que es mi querer por ti y tu persona
tal como lo sientes tu por mi tanto hoy en el para siempre.
Y en estas palabras son las cuales todo se reduce,
en esta frase a la cual escribo con sangre:

Te amo.